

Gastón Gori

Pájaros prisioneros

(Especial para «Atenea»)



NUNCA faltaron pájaros en las jaulas de mi padre. Las voces del campo, aprisionadas entre los tejidos, nos despertaban al amanecer. Se unían al bullicio de gorriones y urracas que habíanse refugiado, con el caer del crepúsculo, en las copas de los paraísos.

La variedad de los gorjeos era tanta, que el pequeño pedazo de tierra que nos pertenecía se animaba desbordando cantos. Jamás el sol apareció alumbrando el patio en silencio.

Pájaros, viento y sol, en maravillosa orquestación, saludaban las mañanas de primavera. Los vecinos no permanecían ajenos a tanto encanto, y disfrutaban del raudal sonoro. Mi padre silbaba junto a los tordos que, estimulados, aleteaban de gozo. Sí, hay pájaros que viven alegres en cautiverio. No languidecen. Se les abren las puertas, vuelan, silban, festejan y vuelven luego por sí mismos dentro de la jaula, para continuar interminables gorjeos. Los tordos criados desde peque-

ños, se tornan remolones y besuquean graciosamente; fingen dormirse sobre la palma de la mano que los sostiene. Comprendo que algunos los valoren, los amen y estimen más su presencia en los patios, encerrados, que su libertad en los bosques. El hombre suele distraer sus muchas amarguras y labores, con la felicidad sencilla de acariciar un ave mansa.

Yo abriría las jaulas del mundo para que, con las alas extendidas, todos los pájaros vivieran libres, tan libres como el viento. La libertad es un don insustituible; ella, sólo ella, hace que la vida guste plenamente y que se logren instantes de felicidad.

Los pájaros encerrados se me ocurren poetas perseguidos. No les fué dado el poder de expresar con sus gargantas todos sus disgustos, porque entonces, también el alba que doraba los ladrillos del patio, se hubiera levantado para alumbrar las canciones desdichadas. Poetas encarcelados, sí y poemas rabiosos en la estridencia de las gargantas diminutas.

La bondad de mi padre, con la frescura de las mañanas, sonreía al dolor inexpressado... Festejaba el baño de los cardenales que sacudían sus alas sumergidas en el agua; silbaba a los canarios que picoteaban yemas de huevos cocidos. Las martinetas huían bajo los altos helechos: sus instintos ariscos no se reconciliaban jamás con la voluntad del carcelero. Fuera de su ambiente, golpeándose a veces contra el tejido, sangrabanse las cabezas.

¡Manchas de sangre, en el recinto del cautiverio!

No habían olvidado el horizonte verde, los churquis espinosos ni la esmeralda neblinosa de la tierra amanecida. Apenas sí, cuando a nadie veían, se revolcaban en el polvo para picotear raíces, como en sus días libres de los campos cordobeses. Nosotros, niños, las mirábamos con predilección, porque significaban toda una historia cinegética en la que no habían faltado las peripecias de un largo viaje, los peligros de las víboras y las garrapatas adheridas a la piel de los perros adiestrados.

Mi padre amaba a los pájaros. Su pasión había conseguido prodigios. Representantes de las islas y esteros, de los bosques y llanuras, lucían sus plumajes conviviendo bajo un mismo techo.

La estridencia de los cardenales se unía al melancólico, al nostálgico borboteo de las notas que los «charlatanes» soltaban mirando de soslayo los medallones dorados que la luz desparramaba sobre el piso de las jaulas.

El vuelo de los «crestudos amarillos» paseaba por el reducido espacio el esplendor de sus alas, y la melodía de sus cantos brotaba del pico apuntando al cielo. Era como una llamada a los poderes naturales que no los habían privado del encierro tenaz. Sonora protesta que interrumpía largos períodos de resignación.

Es eso, los pájaros suelen impresionar tanto por el retraimiento como por la aceptación callada de una

desdicha que no comprenden. Los mirlos desambientados perecen por inanición. Yo he visto, cierta vez, a un niño, casi bebé, soportar en un rincón, un castigo, sin llorar. Es que no comprendía su culpa, ni comprendía la penitencia. Su silencio, ¡era silencio de pájaro cautivo!

Mi padre disfrutaba de las canciones y no era poca su ternura. Pero nunca los prisioneros alados le brindaron la delicia de un nido, con el piar de los polluelos. Entre los alambres se negaban los silvestres a dar prole de esclavos, de domésticos! La maternidad, la cálida maternidad de los pájaros, exige la dimensión de los campos, el ejercicio libre de su inteligencia, de sus instintos amorosos. ¡La libertad es el elemento primero en la tarea diligente de tejer un nido! Pareciera que los pájaros, que ejercitaron en el campo el vuelo inicial, quisieran para sus hijos el privilegio de soltarse desde la copa de un árbol, desde la ramita de una planta, desde el hueco elevado de un tronco. La jaula los castra.

Sólo el canario, de antiguo domesticado, en cada estación propicia, causaba regocijo con sus hijuelos temblorosos, de picos desproporcionados y estómagos insaciables.

¡Y no faltaron canarias rebeldes que despedazaron sus críos, apenas nacidos! Nadie explicará el misterio de esas madres doloridas.

Cuéntase, en páginas conmovedoras, que una madre

hambrienta entre las sábanas sucias donde acababa de nacer su niño raquítico, para no verle sufrir, en vez de darle el seno a su hijo le dió las manos, sus secas manos de obrera: agarró el cuello frágil y apretó. Apretó generosamente, amorosamente, implacablemente. ¡Apretó hasta el final!

El drama enorme, arranca lágrimas.

¡Quién nos niega que la canaria infanticida no era madre desesperada por la ignominia de un encierro angustioso! Quizá con los golpes de su pico ensangrentado se blasonaba dolorosamente vengando la esclavitud de su raza! Exabrupto inesperado, híbrido mandato, rendía a la libertad el holocausto desgarrador!

Dijo una eminente española: «Es preferible ser viuda de un héroe, que esposa de un cobarde». Dejad que admita rústicos razonamientos a miavecilla y la admire traduciendo su trágico canto: «Es preferible destrozar el fruto de la maternidad, antes que procrear esclavos».

¡Un nido ensangrentado! He allí la obra de los poderes inexplicables. No nos culpemos. La vida del Universo se desarrolla en los marcos de la tragedia. Somos actores o víctimas menos que verdugos. No nos culpemos, no, porque así como el halcón despedaza una paloma para sostener su existencia, necesitamos, a veces, desgarrar la vida de un pájaro, para que, en su encierro, nos alimente ansias perpetuas de alegría y felicidad.

Un gorjeo es un punto de belleza. No nos sorprendamos, pues, que el hombre suela sentirse ávido de sus melodías. ¿Quién se admira de que un gran ramo de flores se marchite después de haber dado perfume y color al ambiente de un íntimo recinto? ¡Tronchar! Dramático destino de los seres. Destrozamos sensibilidades inexplicables, así como inexplicablemente, el tiempo nos desmenuza.

Es menester reconciliarnos con la fatalidad que ciementa la vida, en la muerte. Pero no quiero que el pensamiento se me difunda en la melancolía honda de las vidas que se desmoronan. Nos salvamos por el amor. El nos redime de culpas insondables. Amemos a los hombres en su maldad ingenua. Culpar a la especie, fuera semejante a condenar a los rayos del sol que dan vida, pero también desploman víctimas recalentadas por su poder. Poseemos una ceguera que nos salva: la necesidad de vivir.

Mas, os decía que mi padre amaba a los pájaros. Nunca su pasión fué compartida por mi madre. Ella era sensible en grado sumo y de manera distinta. Hubiera querido darles libertad a todos. ¿Para qué—decía—encerrar a esos pobres animalitos? Pero en el fondo se sentía complacida cuando alguien admiraba tan variada colección.

—¡Cómo cantan!—solía decir, cuando trabajando junto a ellos nos aturdían los vibrantes silbidos de los cardenales.

Cuando dormíamos más de lo acostumbrado, se lamentaba así:

—«Si se hubieran despertado temprano, hubieran oído los pájaros».

¡Oír los pájaros era un premio gratuito y hermoso! ¡Cuántas mañanas de primavera, cuando los paraísos perfumaban la galería con sus flores celestes, me he sentado en un banquito para ver cómo bajaban los pájaros a picotear el alpiste nuevo. ¡Con bulliciosos aleteos se agrupaban en torno de las cajas y con rápidos movimientos sus picos descascaraban las semillas. Tenía mis preferidos entre la multitud canora y eran aquellos que yo había traído de los campos con las alas rotas o aprisionados en la trampera. ¡Eran los míos! Un «pirincho» manso, solía acercarse para atrapar las lombrices que, adheridas a los tejidos, aun no había devorado el zorzal, el mimado de ojos enormes y mirada pensativa... El «pirincho» se refugiaba en la leña y tomaba el sol sobre los troncos. Correteaba chirriando entre las ramas. Su cola larga y pesada hacía de él un ave torpe. Un día no compareció a la cita alimenticia... y desde entonces, no lo vimos más. Fué sugerente la conducta de la gata que se mostró esquiva. No hay duda: ella conoció el epílogo de una existencia que estimábamos. Muy íntimamente lo habrá conocido, y no es errado sospechar que ocultó el secreto relamiéndose...

La vida de nuestros pájaros me tocaba de cerca el corazón. Tanto es así, que al evocar mi niñez, no re-

sulta difícil rodearla de silbidos que, anunciando el albor sonrosado, se incorporaban al ajetreo del doméstico ritmo.

¡Pájaros y árboles, y también de vez en cuando, lágrimas, en el asomo primero de una vida que no desconoció la angustia ni el dolor...

Santa Fe. Rep. Argentina. 1945.